

# **GUÍA DE LA HABANA**

## **HABANERA EN LA PLAZA DE LA CATEDRAL.**

Bajo los ojos,  
de larga experiencia acumulada y brillo  
de metales antiguos con lustre recién dado,  
el humo surge firme; los rebasa.

Apura con los labios arrugados el tabaco;  
parece que sonríe.

Mueve las carnes,  
generosa presencia en el portal,  
luciendo los colores chillones del ropaje  
lleno de filigranas y caprichos  
de niña consentida.

Los años le han pasado por encima

como un velo suave que todo lo insinúa,  
pero no deja margen al acierto.

¿Desde cuándo está ahí?

La he visto tantas veces;

la he visto siempre bajo el sol implacable,  
tan fresca, tan jugosa.

La he visto como entabla conversaciones largas

con sólo la mirada,

con sólo esa expresión,

la mínima expresión de su nariz alzada,

de su boca esponjosa.

Quizás arriba, el lazo,

rematando su pelo ensortijado,

sea la reliquia última del tiempo en el bohío,

de los años aún más apretados,

más sedientos si cabe,

pero con toda la vida por delante.

Ahora tan sólo un ascua,

el resplandor rebelde

de esos ojos inmensos,

delatan rebeldía

cuando pasa bailando tontamente

el comprador de falsas aventuras

y se pone ante ella

haciendo piruetas y arrumacos.

La inmensa bocanada de humo blanco

que lanza hacia la sombra que se exhibe,

refleja su desprecio.

Y hasta ese gesto es festejado

como parte integrante de su función pagada.

Aquí reside el encanto para todos.

## **MARACAS Y TAMBOR.**

Está por siempre ahí.

Perenne en las arcadas que todos frecuentamos,

como torcido talismán

de tambor y maracas.

La mano, grande, larga, desvalida,

golpeando su inmensa cabezota

es un recurso más

del ritmo en que se empeña.

Su guayabera: repleta de pañuelos

con que seca

el sudor que resbala por la cara.

La mirada: de pescador antiguo

que fondeó las redes

y ahora cobra el sustento  
vendiendo tipismo  
para urgentes consumidores de emociones.

En las caderas,  
el envidiable ritmo.

Pero en su gesto,  
el cansancio de siempre, insuperado;  
sorprendiéndose, con elegante disimulo,  
ante cada continuo fogonazo  
de foto de curioso.

Amable,  
como puesta de sol serena y lenta  
en el inmenso Malecón.

Parsimonioso, recogido.

Paciente, como la cola en la que espera cada día  
su regreso lejano al mundo de los suyos.

Negro,  
como su porvenir ya breve,  
nos mira a todos  
sin vernos a ninguno,  
desde los lagos contenidos de sus ojos.  
Es, con ello,  
un elemento imprescindible del paisaje  
que adorna las postales  
y hace que suspiremos satisfechos.

## MALECÓN.

El Malecón atrapa los brillos de la puesta  
como una madre antigua y relajada.

Allí está la sonrisa del trabajo

de una mulata inmensa, repetida,

y la humilde oferta del maní,

la delicada mansedumbre del portador

subido a su triciclo,

la solícita presencia del que vende

lo más inusitado con tal de subsistir.

Bajan los rayos como lanzas vencidas,

arrastrando entre sus luces últimas

balseros con una carga mínima

para prender candela por otra noche más.



La curva inacabable se hace oscura  
y se destacan, prendidas de luces y reflejos,  
gigantescas moles cedidas al placer.

Aquí, más cerca del principio,  
entre los arcos pintados de colores,  
columnas, atrios, corredores, es-

calinatas

que de milagro se sostienen,  
una chiquillería espanta lo funesto  
tocando la botija, sacudiendo maracas,  
bailando el son. En tanto,  
aparecen las olas golpeando el rompiente,  
como invitadas puntuales  
a la reunión inacabable de cada atardecer.

La noche se apodera de la luz,  
la vence, la doblega;

pero el agua prosigue  
rebelde, ensortijada,  
gritando en sus tremendos latigazos.  
Brillando como brillan los ojos de fatiga,  
el sudor palpitante derramado  
Habana Centro adentro  
desde el abrazo cálido,  
desde el oscuro amor del Malecón.

## **HOMENAJE DEL MAR AL MALECÓN.**

Una vez más,  
la magia convocada acude  
puntual a la cita.  
Y lo que viene –por el mar-  
se acerca y ruge,  
es el clamor del oleaje  
que acaricia y azota al Malecón.  
Enciende con su luz  
el perfil abombado de La Habana  
y arranca con su música  
las risas desatadas de sus gentes.

Esa espuma, que asciende embravecida,  
sostiene la luz en desafío

pero al instante cae,  
es su corona de princesa y su quimera,  
con la que se pasean  
amantes encendidos que dominan el mundo.

Se ha apartado la reina del maní  
-mojado el cucurucho,  
húmeda su ofrenda,  
rebosante de sal  
su cesta de placeres humildísimos-.

Se ha desviado el soberano  
que sueña y pedalea  
con el turista a costas  
camino del Vedado, flor  
de placeres comprados, de lujuria.

Ha dejado su puesto

de ajustado traje,  
de tacones brillantes y carmín,  
la amazonas que estaba recreando  
un cuento de hadas que no existe,  
a la sombra extranjera  
vestida de colores alquilados.

Queda la soledad  
y una pareja se acerca al monumento  
del barco inconfesablemente hundido  
un siglo más atrás:  
sirvió para justificar un cambio de dominios.  
Brilla con fuerza el sol.  
La tarde en su final ofrece luces  
de naranja encendida,  
de fuegos salpicando los manglares.

Está resplandeciendo todo el Malecón  
y es momento de fotos:  
son las armas de la nueva conquista,  
que puede ser comprada a plazos por cualquiera.  
Manisera, porteador y muchacha  
de ensueños renovados  
recuperan sus tronos  
de afanosa lucha por la vida:  
la magia ha terminado  
y el mar dormita nuevamente,  
en tanto que maquina  
otro golpe de látigo que todos festejamos.

## HÉROES.

¿Cuántos fueron los héroes?  
¿Cómo abarcar sus nombres, su número,  
las gigantescas estaturas levantadas?  
¿Acaso no lo fueron cada guajiro hambriento,  
cada mambí saltando  
sobre la sombra negra de los inmensos barracones,  
pudrideros de hombres por los cañaverales?  
Desde la enorme plaza que apiña muchedumbres  
les alienta la estatua de Martí,  
sereno, sabio, sacrificado y duro;  
repetido en los patios de las humildes escuelitas;  
presente en las canciones, en el amor  
que rebuscaba para todos,

detallado en su obra inacabable.

Les contempla el general Máximo Gómez

tan herido por la cesión forzosa

al nuevo soberano

que siempre les quiso a dentelladas:

a caballo parado frente a la fortaleza

que da comienzo al Malecón.

Les observa Maceo,

“Titán de Bronce”, brillante, humilde,

Antonio Maceo, camino del Vedado,

siempre a orillas del mar,

con el caballo enloquecido por el olor a muerte

consumada.

Más adelante,

Calixto García desgarrado también en el combate

librado sin cesar.



Ellos,

representando premonitoriamente a tantos.

Pero los héroes son el pueblo,

ese pueblo asolado que lucha cada día

para sobrevivir.

Los demás son la seña,

la referencia eterna, espoleante,

espoleada por el grito unánime y antiguo

de tierra y libertad.

## HELADERÍA DE COPELIA.

Se enroscan las hileras en Copelia,  
aguardando pacientemente el turno  
que les lleva a la helada recompensa.

Hay una agitación  
de niños que saltan, que palmean;  
de muchachas que mueven las caderas  
con envidiable ritmo;  
de mulatos grandiosos  
que sacan en la espera  
toda la esencia de la vida.

Los viejos flamboyanes parecen luminarias;  
la palma real se esponja  
y extiende una sombra dulce, cálida,

por los puestos humildes, que al conjuro  
de la vainilla helada  
ofrecen una mezcla de picadillo y crema  
envuelta en humaredas.

Los colores se mezclan en la gran costelera  
y suben con las risas, con los cantos,  
a volar a la altura  
del tocororo, que recorre las nubes  
extendiendo su manto escandaloso  
de ansiada libertad.

La agitación no cede con la noche  
y pone a prueba la paciencia  
del que no participa de su juego.

A todos recompensa  
la dulce placidez con que acarician  
la sabrosa montaña de la copa

y el estático tiempo

en medio de la selva recién domesticada.

## **ESCALINATA DE LA UNIVERSIDAD.**

A medio caminar de la soberbia escalinata,  
nos abraza abarcando tanto espacio,  
con brazos extendidos en firme protección,  
el *Alma Mater*.

¡Cuánta ilusión rodando  
por las interminables escaleras!

¡Cuánta sangre!

¡Cuánto soplo de amor entre las ceibas,  
la palma yuraguena y los pinares!

Arriba está la nueva lucha  
en el multiplicado espacio  
de la Universidad.

Abajo el espectáculo vital

de la gente esforzada que camina,  
que atraviesa la línea virtual  
entre lo cotidiano  
y el murmullo de brillos falseados  
que puebla los hoteles,  
el mundo de La Rampa.  
Separa a los espacios contrapuestos  
su energía de madre, de testigo,  
y a sus pies el sencillo monumento  
que nos recuerda batallas desiguales,  
la insumisión estudiantil,  
los jóvenes alzados,  
el mártir que no se resignaba.  
Aún suenan los gritos, se mastica  
la firme rebelión.  
Aún sigue siendo el espacio una advertencia

cuando la masa inmensa escucha  
su música soñada,  
manteniendo a la vez aquella llama  
que encendió tanta sangre  
vertida en esta enorme escalinata,  
utilizada ahora  
para sentarse a festejar.

## **BAILE.**

La fuerza irrefrenable de los cuerpos,  
brillantes de sudor y de energía,  
sacude el aire de la noche.

Los ojos son intensos, como la oscuridad,  
y la burlan  
con sus chispas lanzadas como dardos.

El ritmo inalcanzable  
les mueve las caderas en incontables sacudidas;  
les revuelve los cuerpos  
en turbios remolinos.

Muestran las dentaduras,  
derrochando blanquísimas sonrisas,  
carnosas en los labios distendidos,  
húmedas



en su cueva que grita y alardea.

Se precipita el tiempo,

crecen los desafíos, la tensión incesante.

Nada se para,

en tanto el coro envuelve las miradas

de admiración y de deseo.

Palmotean.

Ofrecen, y ocultan de inmediato.

El juego está en el laberíntico mensaje,

en las insinuaciones.

En el vertiginoso azote del merengue

y la mezcla explosiva del danzón,

con el son, el mambo y el montuno.

Al final,

el ron se encarga, poco a poco,

de dormir a los dioses rebelados.

## **YO SOY EL MALECÓN.**

Soy el Malecón.

Azotan las olas la orilla empedregada

y sube la espuma, me rebasa,

en tanto permanecen el beso y el perfume

en el contorno amurallado de mis límites.

Sueno en los tacones que suben,

dejando atrás fachadas porticadas, monumentos,

hasta las grandes explanadas del Vedado.

Me sigo recreando en Miramar,

ya más discreto en mi grandeza compartida.

Yo soy el Malecón.

Amo el embravecido choque de las aguas,

el dulce remanso del paseante distendido,  
la tierna compostura del manisero  
que baila mientras ofrece el cucurucho,  
como ofrece su amor  
la voz necesitada  
al demandante mudo, forastero.

El Malecón, el Malecón atento  
al declinar rosado de la tarde,  
al suave resplandor de la mañana,  
al latigazo acuático de siempre,  
que al final nadie esquiva  
y es motivo de dicha,  
sorpresa enamorada.

Soy, eternamente, el Malecón,

cuajado de promesas incumplidas,  
de suspiros,  
de quejas.

De adioses ocultados,  
de resbalones  
en medio del jolgorio y de la risa.

Repetido siempre en el amor,  
siempre añorado.

Alejado al final por ese mar inmenso  
que se impone  
como barrera inalcanzable y me devuelve sólo  
la espuma del recuerdo,  
el brillo de las lágrimas  
que vierten las sirenas encantadas  
cuando se asoman por dentro a la ciudad  
que guardo y que vigilo.

## **CENTRO HABANA.**

El aire de la tarde en Centro Habana  
se mezcla con la música estridente  
de un grupo de jóvenes que sueñan con el mar,  
de un puñado de niñas que sonrían  
y enseñan sus dientes tan blanquísimos.

El aire caluroso, de sudor,  
de vida ajetreada en los balcones,  
las empinadas escaleras, los coches  
milagrosos que vuelan como balas  
y suenan con la fuerza  
de su pesada artillería de museo.

El aire de canciones, palmoteos,  
ritmo creciente de caderas, mirada

quemante como la chispa de la voz.

De cuando en cuando, larga hilera;  
compensa a la demora el trago de café,  
la compra justa para otra noche más,  
para nueva jornada manteniendo  
los mínimos ensueños.

Debajo de la cama

queda la desventura cotidiana, el desamparo:  
se la cubre y no se dan pregones,  
no se amarga la fiesta colectiva.

Todo es menuda chispa,  
trepidar que despierta al más herido,  
al más cansado de estar en la cuneta.

Centro Habana se cuelga su pasado  
de esplendor, sus balconadas caprichosas,  
sus colores chillones,

el bosque de columnas que sostienen  
fachadas y quimeras;  
levanta su canto hacia la altura,  
se transforma en mítico Changó,  
guerrero poderoso enamorado,  
rendido a las plantas deseadas de Ochún,  
con quien pasa la noche,  
pasa el día,  
pasa los sueños y la vida.  
(Quedará siempre el grito,  
un grito joven  
por mucho que las caras se consuman  
y los surcos agrieten la mirada).

## CEMENTERIO DE COLÓN.

Se alza en vertical el mármol de Carrara,  
despuntando en túnicas que tapan obeliscos.  
Compite el gótico, a veces rebasado  
por un neoclásico en todos sus matices;  
monumento en sí a la vanidad,  
a veces sano orgullo  
conmemorando a los bomberos  
que entregaron su vida, a los martirizados  
estudiantes, como tantos  
deshojados por la garra que ordena los silencios.  
Los epitafios traen recuerdos de ultramar,  
promesas radicales que recorrieron mares  
de añoranza, de olvido muchas veces:



la muerte fue cuando el adiós,  
cuando el aviso de partida,  
cuando la búsqueda de nuevas esperanzas,  
perdidas en la tierra de origen las primeras.

Este infinito derroche de blancura,  
abigarrada, nostálgica, admirada,  
arrugada en los blandos pliegues de la piedra,  
mantiene su pasado de esplendor  
en medio de la dificultad de cada día,  
en medio de unos seres  
que en sus estancias ya desportilladas  
se obstinan en poder sobrevivir.

## ALTAR EN EL SALÓN.

Todo mezclado allí,  
en el rincón humilde,  
en el rincón despellejado  
por donde corren a su gusto  
enormes cucarachas.  
El tétrico Sagrado Corazón, los puñales  
clavados en el pecho  
de la madre amantísima y llorosa,  
el santo enhiesto con espada flamígera,  
Yemayá presidiendo, maternal,  
prometedora, fértil,  
entre vasos de agua, sobre los que reposan  
o mueren pétalos de flores;

cirios encendidos,  
velas que alumbran los cotidianos apagones.  
Todo mezclado en rezos,  
música danzada,  
cadenas, clavos, llaves para evocar a Echú.  
Leyendas misteriosas, cogidas por los pelos.  
Y retratos,  
retratos familiares para pedir el bien,  
la fortuna alejada,  
¡tanto tiempo dejados de la mano!  
Ofrendas quinceañeras,  
porque empieza la vida sin los sueños,  
la cruda realidad, aunque ese día  
se las vista de largo, blanco immaculado  
para la foto que irá también  
a entronizarse en el altar.

## **JUGANDO AL DOMINÓ.**

Queda medido el tiempo por el tenue  
balanceo de la hamaca  
reinando en cada esquina,  
copando porticadas, sin prisas,  
sin que le afecte para nada  
el veloz movimiento de la vida de afuera,  
que ni lo altera o modifica.  
Caen las fichas del dominó, las damas,  
entre el humo pausado del tabaco.  
Alguno  
se rasca la cabeza debajo del sombrero,  
murmura dulcemente,  
sorbe la taza del café; ni siquiera repara

en que la tarde cae,  
en que el mundo se enfanga, y despotrica  
de lo torcidas que discurren  
las cosas de la vida.  
Son como sombras a las que no le afecta  
la estructura ruinososa  
que a ojos vista ya apenas les cobija.  
Tampoco más allá las fuentes luminosas  
son reflejo  
de lo que tiene cada uno en su morada.  
Lo saben y por eso,  
saboreando lo que les sea dado lograr  
quedan conformes, se resignan.  
Hechos están de las lianas del jagüey:  
salen al aire, buscan  
la luz, la libre senda,

pero acaban hundiéndose en la tierra  
y compactan un bloque más nutrido.  
Oscilando la hamaca,  
la ficha cayendo desde el aire,  
recuerdan el instante esperanzado  
que terminó asentándose en el tedio  
y el olvido:  
la gloria que no se realizó  
y la esperan tan sólo  
en poder contarlo cada día.

## **SIEMPRE LA HABANA.**

Donde se alza el ojo del caimán,  
estás,  
hermosa, altiva, en tu melancolía.  
Toda columna, patios porticados,  
azotada por el hermoso mar,  
cabellera de espuma,  
efímera corona que retorna,  
como guiño suave de ternura.  
Cuadriculada siempre,  
bajando al Estrecho, a la Bahía;  
almendrada tu vieja, primitiva forma,  
que se derrama como aceite,  
rebasa el mínimo riachuelo,

sigue y sigue, abriéndose en verdor.

¡Cuánta espada!, ¡cuánto látigo!,

¡cuánto olor a pólvora quemada,

a sangre y a sudor,

en tus alas de abierta mariposa!

¡Cuánto sueño apuntalando siglos,

sangrando para otros,

enriqueciendo al lejano, a los vecinos,

generosa nodriza ajada ahora

tras tanto derramar tus tiernos dones!

Y eres así el propio ojo,

abierto y expectante, del caimán.

Hermoso en el bullicio de tus pupilas dilatadas,

de tus pestañas de espuma y troncos retorcidos,

de tu iris restallante de brillo y energía.



Eres la muestra eterna  
de la vida que fluye, del despertar activo,  
del ritmo y de la risa,  
con procesión por dentro,  
pero que sabe cómo  
dejarse los pesares detrás de la almohada.

## **ESPERANZA.**

Sigue encendido el griterío en medio de las  
sombras.

No rompe a la alegría  
este manto nocturno intermitente  
que a uno coge  
en medio de la calle, donde aguza el ingenio;  
a otro en las colas  
que ya no frustran ninguna expectativa  
por mucho que se encojan las ofertas;  
a los de más allá, bailando,  
soñando, o disfrutando sólo del instante,  
del momento que pasa, como sea,  
pero se cuenta a voces tropicales.

La ciudad parece que navega,  
en medio de las olas,  
como balsa de aceite, tiernamente;  
repicando en sus grandes desconchones  
las voces rebosantes de muchachas  
que agitan sus caderas,  
de jóvenes dorados  
que hablan y bailan y faenan  
cuando ya desde fuera  
ni se comprende el mínimo ajeteo.  
Siempre queda otro afán, un nuevo movimiento,  
el tesón indomable  
que no hay adversidad que lo encenice.  
No dejan que la noche se eche encima,  
los abata,  
les pinte de negro la mirada,

porque siempre confían  
en que ha de amanecer.

## **DOMINGO EN LAS PLAYAS DEL ESTE.**

La espera es larga. Enormes filas  
ocupan las aceras.  
Aquellos que se turnan  
entretienen el tiempo moviendo la cintura,  
cantando, derrochando ritmo,  
bucheando un poco de ron con gaseosa,  
dando consignas  
al de una cuadra más allá,  
festejando ocurrencias con grandes risotadas.  
Se deja atrás lo duro del trabajo,  
la fatigosa lucha de la vida  
que les mantiene en pie,  
mezclando a los esfuerzos el ingenio.

Hoy se cambia

por el libre trotar en las arenas

a un paso de paciencia

tras esta espera compensada.

Y allá, los cocoteros que no están reservados

a quienes traen de fuera

la necesaria clave,

serán refugio suficiente, justa sombra,

tras de dar rienda suelta a la alegría,

entre las olas, en medio de las ráfagas,

que se lanzan riendo,

de arena, espuma y sal.

Los chiringuitos se abarrotan; sacan

sus provisiones y al ron que nunca falta

se une la cerveza, la danza sin parar,

conjuros y bullangas que alejan

el mal que quiere encadenarlos: la tristeza,  
la falta de horizontes a veces presentida.  
Un poco más allá,  
como muñecos de madera,  
buscando gracia, duende, estilo,  
el grupo cercado entre las vallas  
distinguidas del lujo,  
atraídos por exotismos de folleto,  
tratarán de igualarlos, moviéndose aplicados;  
al retornar de nuevo al duro tajo,  
otra vez a las colas de las guaguas,  
reirán los habaneros,  
recordando tanto frustrado, ajeno afán,  
que exhibirán los esforzados al regreso,  
presumiendo de estancia compensada.  
Otro trago de ron podrán tomarse

de esa botella inagotable,  
exprimida sin fin como su propia vida.



## **REPORTAJE EN OSCURO.**

Sin embargo, alguno  
lleva en su cara un rictus de amargura.  
Cruje el sol  
como un sátiro ciego  
sobre su piel resquebrajada.  
Busca sombra.  
Le acompaña una joven que se arrastra.  
Están  
sobre lo más granado de la vida,  
pero miran  
como si alguna carga insuperable  
le estuviera quebrando las espaldas.  
Tal vez porque no pueden

más

ocupan las hamacas que quedaron vacías;  
atravesaron la línea requisada.

Respiran con placer,  
van recobrando la alegría  
predicada a gritos en las plazas,  
decretada consigna universal.

Hasta se mueven al son que tatarean;  
ríen ,  
se relajan oliendo a mar, a sal.

Y de pronto, sus caras se contraen;  
no esperaban  
la seca, la dura contundencia  
del vigilante fiel que les expulsa  
de lo que ya no puede ser su paraíso.

## **EL RITMO.**

Tal vez sea el ritmo lo mejor.

Ese ritmo endiablado, afortunado.

Al cantar, al bailar, al guardar colas.

Al hablar, al quejarse, al contar chistes.

Al trabajar, hacer deporte.

Con la pasión, con la energía

tan contagiabile que le ponen.

El ritmo cuando miran,

y mueven al par los ojos y los hombros,

caderas y cintura.

El ritmo, la cadencia

de su voz engalanada de ropajes.

La dulzura

de su rítmica queja, de su grito de pronto  
que al no iniciado descoloca.

El suave ritmo incluso en estertores.

Ritmo yoruba y andaluz,

cálido ritmo al son del ron,

de las maracas, de la imaginación;

jaleando la abundancia si se tiene

y espantando

la escasez que trata de roerlos.

Lo mejor, el ritmo: compartido,

extendiendo la mano hacia los otros

para hacerles partícipes del mismo,

como si aquello fuera en verdad felicidad.

## SEÑALADA.

Y algunos se empeñan  
en mostrar tus arrugas,  
tus dolorosas caries,  
los desgarrones de una vida  
que se resiste a apretar filas  
donde calienta el nuevo sol.  
Así te ves, a golpes  
lacerada,  
puesta en picota y en penuria,  
desconchadas tus grandes columnatas,  
inservibles tus carros de museo,  
a pesar de la ilusión y la inventiva;  
como folklore tu ingenio,

la picaresca por el sobrevivir.

De ciegos titulares

se llenan los que reparten bendiciones;

torpedean la balanza

que supo mantener tanta ilusión.

¿Qué ven alrededor?

¿No reconocen

a la silente podredumbre,

al flagelo de la brutal arritmia,

allá,

a un tiro de balsa,

al alcance

de un par de brazadas con el remo?

Sigues tú ahí;

el azote del mar y de las lenguas

te fustiga.

El lema:

no doblar nunca la cabeza.

Esa es la gloria,

ese el blasón radiante

que cubre lo raído y te ennoblece.

## EN BUSCA DE LA LUZ.

¿Y dónde está la luz?

Acaso el brillo de unos ojos,  
muy a pesar de todo, la mantiene.

La sonrisa extendida,

la enorme risa ancha

de una muchacha que espera con paciencia,

y el palmear de un joven,

incapaz de quietud,

son la muestra palpable de que existe.

Existe en el crepúsculo habanero,

en la noche que aplasta y atosiga,

y parece que no se acaba nunca.

Existe,



muy a pesar, el resplandor.

Muy a pesar de tanta cortapisa,

tanta saña,

tanto rasgar de vestiduras ciego.

¿Y dónde está la luz?

¿La luz? Brota del hombre,

de la mujer sufriente,

que la sacan del fondo de la entraña

e ilumina, para el que sabe recibirla,

los cielos soleados,

a donde sube brava

la blancura salada de la mar.

## CREPÚSCULO.

Por lo demás, el crepúsculo daña.

Por lo demás, el crepúsculo araña

y es difícil el pan de cada día.

Tan difícil aquí y en el entorno todo

que acogió tantos sueños de gran prosperidad

y fue cayendo,

desmoronado tras las botas que aplastan;

controlados

bajo la gran chistera,

que sigue vigilante.

“Los problemas se quedan –dicen-

debajo de la cama”,

y salen a la calle con la sonrisa puesta;

se enfrentan a la vida, luchan  
con envidiable ardor,  
sin que brote una lágrima  
a pesar del esfuerzo,  
la fatiga mal recompensada.

Daña el crepúsculo  
al que comulga  
con su lúcida fe, su rebeldía,  
sus ganas de vivir.

Crepúsculo en La Habana,  
dulce soñar de aquellos que confían:  
ha de venir el tiempo  
que ajuste la esperanza  
al pan esquivo, difícil,  
y a base de tesón tan merecido.

## **HABANA VIEJA.**

Almadrada y vieja Habana de los sueños,  
de la esperanza en ojos asustados  
que llegaron temblando a la Bahía,  
que recorrieron asombrados el damero  
estrecho, interminable, de tus calles,  
plagadas de conventos, columnatas,  
patios de jungla, plazas  
de soportales, hamacas, mimbre y palma.  
Fortificado tesoro protegido  
por las inmensas fortalezas,  
castillos del Estrecho,  
al que arribó tanta ilusión,  
tanto proyecto que se amasaba a contramar,

en base a la leyenda.

Primorosa perla, núcleo central

de perla del Caribe.

Mimada referencia para todos

por tantos años, siglos...

¡Vieja Habana!

Patrimonio en harapos

que vuelve a levantarse, muestra

nuevamente sus hitos memorables,

tras el desahucio ya casi firmado.

Habana Vieja de empedrados,

de mármoles grandiosos y humildísimas

tapias cercando salones palaciegos,

donde reina hoy el griterío

de niños desbocados,

arrugados rostros

velados por el humo del tabaco,  
prisas de tacones  
bajando, subiendo siempre interminables escaleras,  
tabernas legendarias,  
libros a rebosar  
y siempre la música más alta,  
más alta todavía,  
contagiando las ganas de vivir,  
de gritar y soñar,  
y moverse y bailar y compartir.  
Viejo y sagrado ojo, testigo de los tiempos,  
derramado, hacia el oeste, al Centro y al Vedado,  
legando la cuadrícula paciente  
que se agranda  
y es todo apertura en Miramar.  
Tú recogida,

celosa almendra heterodoxa,

en las ardientes sombras

de tu trama estudiada.

Habana Vieja,

sueño obsesivo siempre, recurrente.

¡Cuánto bregar ocultas y retienes!

¡Cuánto pasado y brillo,

que se resiste a verte cenicienta!

## **VEDADO.**

Rampa arriba sube el verdor,  
selvático, arañado,  
vencido entre los riscos,  
los cascotes,  
y por sorpresa allá saliendo  
de entre la colcha de hojarasca seca,  
para irrumpir de nuevo  
con todo su esplendor y la armonía  
de los tiempos de asombro.  
Galopando escaleras, acogotando mármoles,  
señoreando en balaustradas, patios,  
corredores inmensos,  
de inmensos palacetes.



Abiertas avenidas con vocación de mar,  
encorsetadas  
en cuadrícula terca, machacona,  
umbrosa, portentosa y llena  
de vida,  
de esforzada lucha, dignidad y juego.  
Niños de bate prodigioso, jóvenes  
de mano a la labor  
que la inventiva le sugiera,  
paciencia al dominó o en las colas  
de aquellos que acarrear en el mercado  
lo poco que les es dado obtener.  
Pero alegría;  
entre el palacio derrumbado y otro  
que a duras penas se logra levantar,  
mucho vida bullendo en el ambiente,

mucha esperanza puesta  
en su propia energía,  
sacada a relucir en cada balconada,  
junto a ropa humildísima  
tendida al sol que libra otra batalla  
contra la adversidad,  
venciendo siempre,  
venciendo como ellos, corajosos,  
entre el verde de selva  
domesticada al fin en su Vedado.

## **GUAJIRO EN LA RAMPA.**

Soy un guajiro en medio de La Rampa.

Soy el barro pisando en el asfalto.

Las arrugas hendidias en mi rostro,

quemado por el sol,

se quiebran en las luces de cristal

de los escaparates de hoteles, restaurantes,

en la extraña vorágine

lejana a la zafra de mis manos.

Soy el sudor venido de las vegas,

el sabor a tabaco, y a melaza,

a yerbazal indómito y a mango.

El brillo de mis ojos

se ciega

con el chorro de luz que baja al Malecón,

y se estrella en el mar que lo traía.

No conozco el nuevo griterío,

la forja que moldea este otro son,

tan fuera de los ritmos que grité,

soñé,

y quise creer que tuve entre las manos.

Soy un viejo guajiro,

perdido;

pequeño hombrecillo de chistera y bastón,

triste,

torpe,

en el nuevo poblado

quimérico del oro.

## ÍNDICE.

Habanera en la plaza de la Catedral.....	
Maracas y tambor.....	
Malecón.....	
Homenaje del mar al Malecón.....	
Héroes.....	
Heladería de Copelia.....	
Escalinata de la Universidad.....	
Baile.....	
Yo soy el Malecón.....	
Centro Habana.....	
Cementerio de Colón.....	
Altar en el salón.....	
Jugando al dominó.....	
Siempre La Habana.....	
Esperanza.....	
Domingo en las playas del Este.....	
Reportaje en oscuro.....	
El ritmo.....	

Señalada.....  
En busca de la luz.....  
Crepúsculo.....  
Habana Vieja.....  
Vedado.....  
Guajiro en La Rampa.....